



Ti Managualil Lenka

La Nación Lenca - The Lenca Nation - Die Lenka-Nation

伦卡原住民族 - اكني لى لى اقم اى - הקנלה המואה

Programa de historia, filosofía y cosmogonía Lenca

Nivel 1

Modulo General

Leyenda de la Batalla por los Lagos

Leyenda de la Reina Antú

Nombre de la bahía de Jiquilisco

Nota Final

Modulo General

Tema: La Comishawal o Komishauaal

Esta palabra es la forma en que, desde tiempos milenarios, se denominaban las regentes del clan Lenca Taulépa, uno de los muchos clanes del Sistema Lenca.

Los Taulépa han sido borrados de la historia centroamericana, a pesar de que fueron ellos quienes organizaron la nación lenca y nombraron sus tierras, que albergaron muchas otras tribus lencas y no lengas desde la edad del hielo, algunos 13 mil años atrás.

Los Taulépa son de tradición Matriarcal, lo cual significa que heredan la cultura primeramente por el lado materno. Su mitocondria de ADN es tipo A. Los Taulépa han mantenido las narrativas de sus familias ancestrales por muchas generaciones. La última Comishauaal que narro el cuerpo completo de historias fue Francisca Romero, quien falleció de edad avanzada en 2015.

El tipo de gobierno antiguo, suelos y topónimos

Los clanes antiguos reconocían a los Taulépa como los descendientes del primer ancestro llamado Ti Wanatúku o el ser pájaro y humano en uno. De este ancestro desciende el clan Taulépa, que es distinto a los Potones, Guajiquiros, Cacaoperas, Tauakas, Payas, Jikakes, Panamaks, Uluas, etc. Estos regentes poseyeron su propia lengua, la cual no fue permitida a los comunes, sino solo entre gobernadores, jefes y noblezas. Debido a que solo los gobernantes podían utilizarla, se puede verificar hoy en día las provincias que fueron nombradas por este gobierno antiguo. Entre los nombres dados por los gobernantes Taulepas hay topónimos que terminan en el sonido -ike, como Chapeltike, Talnike, Jokuitike, Yayantike, y muchos más. Otro topónimo peculiar es el que termina en uka, como intipuka, Guarrapuka, Gualpuka, Intibuka, etc. También, los que de raíz o terminación -Gua, como Conchagua, Chirilagua, Moncagua, Gualoso, Gulsince, Guascorán, Guatajiagua, et, etc. También se suman estas lagunas provinciales que terminan en sonidos como era, -iran, eran, uka, y oa. Por último, se encuentran las que inician con oro: Orocuina, Oromontike, Oropoli, etc. A estos territorios se les suman los distritos reales de nombres Managuara, Perkin, Najoaterike, Tausgalepa, Tologalepa, Asakualepa, Chichigalepa, Juticalepa, Qelepa, y otros menos conocidos.

La Casa Regente

Los Lencas son la última etnia de las Américas que aún posee descendientes de la realeza antigua. En 1932, la república de El Salvador asesinó a los jefes de las etnias de centro y occidente del país. Los líderes Lencas de oriente, participaron en el

levantamiento, pero no en San Salvador, por lo que escaparon ser ajusticiados por el estado. El abuelo de Francisca vivió hasta edad muy avanzada, y ella contaba que el aun cargaba fragmentos de plomo en sus musculo del hombro.

Antes de la colonización, los Taulépa jugaban un papel primordial en mantener arbitraje entre las diversas tribus, para ayudar a mantener la paz, mediar entre conflictos y administrar la tierra y las cosechas. Este clan o casta real, estaba organizado de la siguiente manera:

La mujer mayor del clan, que casi siempre era una abuela, de decendencia Taulépa, se le daba el título de Komishaua. Se cree que significa 'Jaguar Volador'. Ella posee varios poderes y derechos, entre los cuales está el de autorizar la guerra.

Ella, en acuerdo con el regente o príncipe de la nación, buscan acuerdo para gobernar de la mejor manera. Es decir, el jefe Lenca consulta con la Komishaua en asuntos que impactan a los ciudadanos. Por ejemplo, si un evento de Lencas es sobre cultura de las mujeres, la Komishaua debe abrir el evento y dar las palabras de bienvenida a las mujeres, antes que el jefe varón tenga la palabra. El título de la Komishaua es tan antiguo que nadie sabe cuándo empezó, y hoy, es quizás el último título de realeza arcaica que aun sobrevive. Francisca fue la última que poseyó ese título y que nunca fue feligrés de una iglesia o escuela. Sus sucesoras son las primeras en ser practicantes de religión moderna y de saber leer y escribir.

El Manauelike

Los Taulepas no poseían Casique, sino que lo denominaban Manauelike. Este es el regente regio de todas las provincias. El encabeza el gobierno y los consejos de comisionados y ministros en asuntos lencas. A él le recae la obligación de escribir y proclamar leyes que protegen a los Lencas en donde sea que ellos vivan. A diferencia de las monarquías europeas en las que el rey y la reina son conyugues, en el sistema Taulépa, las realezas son la gran Matriarca o abuela real y el Manauelike, que casi siempre es hijo o nieto de ella. Los Taulépa fueron muy celosos de no mezclarse con otros clanes y mantuvieron su sangre regia hasta el tiempo moderno. El Manauelike actual es Leonel, y desde 1989, se ha dedicado a la recuperación, documentación y promoción del patrimonio lenca. Su papel como defensor de la etnia lo llevo a sufrir persecución y exilio. Sufrió varios atentados que dejaron víctimas mortales. El Manauelike está reconocido por el mundo y su existencia es conocida por el estado de El Salvador, quienes lo tratan de manera muy confidencial y a distancia. Las repúblicas en suelos Lencas como El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, se sienten inseguras por la existencia del Manauelike, quien puede apelar un caso legal en tribunales internacionales por el daño histórico. Por ello, el Manauelike vive bajo protección humanitaria en Australia, donde se considera que es la sede y oficina de

asuntos lenca. El Manauelike posee los poderes de gobernar a los Lenca, promulgar leyes, firmar acuerdos con otras tribus del mundo, firmar acuerdos con instituciones afines, y expulsar ciudadanos lenca que violan los reglamentos de ciudadanía. El posee el poder de juramentar los herederos de la casa real.

La casa Real 'Ti Taulépa' (La Casa del Jaguar)

Como concepto, la casa real existe desde hace miles de años. No es una casa de paredes y techo, sino que es una institución. Esta está compuesta por El Manauelike, La Comishaua, los nobles inmediatos que sean reconocidos en el acta del Manauelike, y los comisionados juramentados por él. En actos públicos se les llama 'su excelencia' o señor o señora La casa real esta obliga a abogar por sus lenca y a celebrar con ellos en abril la llegada de la flor de Guacamaya, que es la flore de la realeza. Su ave es la Guara de colores o Guacamaya, y su animal terrestre es el Jaguar. La casa posee su pabellón y su escudo, que complementa la bandera Lenca y el escudo lenca, que es de todos los clanes.

Registro y Ciudadanía

Los Lenca, por medio de sus Ti Taulepa, se inscriben como Lenca registrados. Esto les da el derecho de ser Lenca reconocidos por su realeza antigua, como legítimos y legalmente miembros de la etnia.

Todo Lenca puede tomar pasos y acceder al proceso de inscripción y registro como Lenca, según lo estipula el Acta de Ciudadanía, proclamada por el Manauelike. Para ello existe un proceso estandarizado, en el que el solicitante provee certificados de nacimiento de el/ ella y de sus abuelos por quienes posee conexión étnica. Estos datos son examinados en la oficina en Australia, y se comparan con el mapa Lenca en los archivos de la sede, el cual verifica que ese distrito existe. Muchos Lenca toman prueba de ADN materno y paterno para asegurar que su linaje sanguíneo es registrado en la sede Lenca, para futuras generaciones.

Neutralidad

La Casa Real de los Lenca es neutral y no representa un partido político, una religión, un género ni un grupo armado. Sus símbolos son neutrales y no deben ser utilizados para acciones partidistas, discriminatorias, ni otras actividades que violan los derechos humanos según las normas internacionales.

En un acto público, ni la Comishaua o el Manauelike, pueden promover partidos políticos ni religión, pues ellos representan al pueblo y su diversidad de creencias y policitas. Si declara en un medio, el Manauelike y la Comishaua deben siempre aclarar

que no pueden dar opiniones políticas sino culturales sobre lo lenca y nada más. Ambos, deben resguardar que la propiedad intelectual del clan, que incluye las grandes narrativas, no cae en manos del público no lenca, quienes lo convierten en negocio o lo tergiversan para su propia ventaja.

El Manauelike o príncipe Lenca Taulépa, actualmente ha firmado varios acuerdos de protección del patrimonio lenca con entidades internacionales. La agenda de administración lenca es permanente y no es dependiente de ningún gobierno o fondos políticos o religiosos.

Tanto el Manauelike y la Comishaual están obligados a memorizar y preservar las grandes sagas y narrativas del clan. Estas se dividen entre narrativas de la realeza, que solo son para preservación por los reales, y la de compartimiento público, que puede ser compartida con lencas y con los demás ciudadanos. En próximos módulos se discuten ambas áreas de la oratoria Taulépa.

Símbolos Lencas

Ti Comishaual Francisca Barbara R.G – Lenca Taulépa.



Acto privado de la coronación y bendición del Manauelike por la Comishaual a su heredero cultural y cabeza de los lencas y de la Casa Real.



El Manauelike abogando por los derechos lencas en la ONU.



El Manauelike en la ONU.



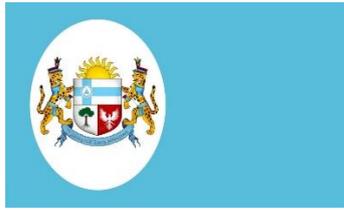
Bandera de todos los Lencas



Escudo de todos los Lencas



Bandera de la Casa Real



Emblema o Escudo de la Casa Real y sus Miembros



Notas Sobre Símbolos



Los símbolos culturales lenca son propiedad cultural de sus etnias unidas. Estos emblemas y símbolos deben ser utilizados como complemento a los símbolos nacionales, departamentales y distritales. Los lenca esperan que el público respete estos símbolos en la misma manera que los lenca han respetado los símbolos del estado y sus dependencias. Tanto los símbolos como las crónicas y leyendas son parte del patrimonio Lenca y no del estado. Su uso es para efectos educativos, no comerciales ni políticos.

La gran batalla por los lagos en el antiguo reino del bosque lenca

En un reino donde la tierra tocaba el cielo y los mares, anidado entre montañas imponentes y lagos serenos, yacía un reino de belleza sin igual. Este reino, un tapiz de valles frondosos y aguas cristalinas, era hogar del pueblo Lenca, entre cuyos clanes se encontraba el Potoni.

Los lenca eran un mosaico de tribus que vivían en armonía bajo la mirada vigilante de sus protectores celestiales que habían ordenado vivir en ese bosque por 220 generaciones, antes de partir para Managuara.

El aire, lleno del aroma de pino y el suave murmullo del viento, llevaba cuentos de antiguos gobernantes espirituales que surcaban los cielos, guardianes de sus hijos terrenales. En este mundo idílico, donde lo mundano se mezclaba con lo mágico, vivía un joven llamado Huankane o Wankane. Nacido de la tierra, pero en comunión con las estrellas, Huankane no era un joven ordinario. Con ojos que reflejaban las constelaciones arriba, pasaba sus noches bajo el vasto lienzo centelleante, buscando sabiduría en las historias silenciosas del cosmos.

La gente de su clan, conocida por su conexión con las constelaciones celestiales, reverenciaba los cielos no solo como fuente de maravilla sino como la morada de sus protectores, los famosos mariscales del cielo que aseguraban el equilibrio entre los cielos y la tierra. Huankane, cuyo nombre susurraba de viento y libertad, era un icono de curiosidad y esperanza entre su gente. Entrenado en la tradición de las estrellas por sus abuelos, poseía una mezcla única de humildad y coraje.

Su corazón, tan vasto como los lagos que tanto apreciaba, pulsaba con un profundo amor por su tierra y sus habitantes. Sin embargo, no era solo la belleza del mundo natural lo que lo cautivaba; Huankane se sentía atraído por los misterios que danzaban en los espacios oscuros entre las estrellas, misterios que guardaban las llaves del antiguo conocimiento de sus ancestros.

A medida que los días fluían en noches, el reino prosperaba en paz, su ritmo no perturbado por el paso del tiempo. Las tribus, cada una con sus propias costumbres y sabiduría, tejían una sociedad rica en tradición y respeto por el mundo natural. Vivían como guardianes de la tierra, guiados por principios que fomentaban una coexistencia armoniosa con todos los seres vivos. Los lagos, fuentes de vida y sustento, reflejaban el cielo en su tranquilidad y profundidad, uniendo al reino en un ciclo de renovación y reverencia.

Fue en este escenario de unidad y tranquilidad donde se desarrolló la historia de Huankane, un cuento que pondría a prueba los lazos de su pueblo y desafiaría la esencia

misma de su conexión con los guardianes celestiales. La paz del reino, tan dada por sentada durante tanto tiempo, estaba a punto de ser perforada por una sombra, un presagio de una prueba que convocaría la fuerza y el espíritu latentes del pueblo y su protector destinado, Huankane.

En un día cuando el cielo se pintaba con los suaves tonos del crepúsculo, una quietud peculiar cayó sobre el reino. Los pájaros cesaron sus cantos, y la brisa contuvo su aliento, como si la naturaleza misma anticipara el despliegue de un evento poco común. Fue durante este momento suspendido que Huankane, su mirada fija en la expansión celestial presencié una anomalía que enfrió su espíritu: una sombra, vasta y sin forma, descendiendo del lugar oscuro del cielo.

Esta sombra, más oscura que el crepúsculo que abrazaba al reino, avanzando hacia abajo con un propósito que no era ni natural ni benigno. Era una intrusión sobre la armonía que había acuñado la tierra por generaciones, una violación del sagrado pacto entre la tierra y las estrellas. Huankane, aunque arraigado en su lugar por una mezcla de asombro y aprensión, sintió una emoción profunda dentro de él: un llamado a la acción que resonaba con la sangre antigua de sus ancestros.

La sombra tomó forma a medida que se acercaba al suelo, transformándose en la apariencia de un cóndor, majestuoso y temible, pero completamente falso en su naturaleza. Esta no era una criatura de carne y pluma sino un cambia formas, un espíritu malévolo cuya presencia contaminaba el aire con un sentido palpable de temor.

La gente del reino, no acostumbrada a tal malevolencia, observaba horrorizada mientras el falso cóndor circulaba arriba, lanzando su ominosa mirada sobre los lagos que daban vida y bañaban su tierra. Huankane, comprendiendo la gravedad de la situación, buscó el consejo de los ancianos, quienes susurraban cuentos de espíritus oscuros del cielo, antiguos enemigos de los guardianes celestiales que vigilaban el reino.

Los ancianos hablaban de una entidad perversa, desterrada hace eones, ahora regresada para reclamar la esencia vital de su mundo: las aguas de los lagos que sostenían a las muchas tribus. A medida que el falso cóndor se desplazaba en el valle, sus intenciones se hacían claras. Con movimientos que blasfemaban la gracia de los verdaderos cóndores que volaban alto sobre las montañas, el espíritu comenzó a desenredar las aguas del lago, enrollándolas como si fueran mero lienzos de tela, exprimiéndolas en un recipiente tan oscuro como el vacío del cual había venido.

Este acto de robo, esta abominación, amenazaba con profanar el corazón del reino, dejando a su gente perecer de sed y desesperación. Huankane, aunque joven e inexperto en las maneras de la batalla, sabía que la supervivencia de su pueblo y la santidad de su tierra recaían sobre sus hombros. Recordó los regalos otorgados por sus abuelos:

instrumentos simples, una flauta y un pito o silbato, dotados con poderes mucho más allá de su apariencia humilde. Estos eran su legado, herramientas de protección y llamado, capaces de convocar a los mariscales del cielo en tiempos de necesidad extrema.

Con el peso de su decisión pesando sobre él, Huankane entendió que el camino que eligiera podría llevar a la salvación o destrucción. La criatura sombría, ahora absorta en su vil tarea, prestaba poca atención al joven que en ese momento se erigía como el último faro de esperanza para el reino. En la oscuridad que se acumulaba, Huankane se dirigió al monte, el lugar donde la tierra y el cielo susurraban secretos a aquellos lo suficientemente valientes para escuchar. Allí, bajo los ojos vigilantes de las estrellas, se preparó para llamar al mariscal de los vientos del sur, confiando su destino y el de su pueblo al antiguo pacto que unía la tierra con los cielos.

El riesgo era inmenso, pues atraer la atención del espíritu malévolo podría significar su fin, pero el coraje que fluía por las venas de Huankane nacía del amor por su gente y la fe en los guardianes del cielo. A medida que levantaba el silbato a sus labios, una oración en su corazón, Huankane estaba listo para tender un puente entre la tierra y las estrellas, para convocar los poderes que dormían en el firmamento, y para confrontar la oscuridad que amenazaba con devastar su mundo. Cuando la primera nota rompió el silencio, cortando a través de la oscuridad con una pureza que desmentía su origen simple, la melodía tejida por Huankane ascendió al cielo nocturno, una llama de esperanza en medio de la desesperación y oscuridad. La música, dotada con magia antigua, atravesó los cielos, llevada rápidamente por una estrella que, sintiendo la urgencia del llamado, enredo sus trinos en su cuerpo brillante y surcó el cosmos para entregar el llamado al mariscal de los vientos del sur.

La respuesta fue inmediata e impresionante. Desde las profundidades del cielo del sur, una luz se encendió, creciendo más brillante y formidable a medida que el mariscal de la estrella, un ser celestial de inmenso poder descendía sobre el reino a bordo de su Kaiefe, una balsa celestial que brillaba con belleza etérea. Su llegada fue anunciada por una ráfaga de viento que sopló vida al aire estancado, una señal de que los cielos no habían abandonado al pueblo en su hora de necesidad.

En el suelo, el falso cóndor, ahora deleitándose en su verdadera malevolencia, continuaba su sacrilegio contra el lago, ajeno a la amenaza inminente desde arriba. Su obra oscura estaba casi completa, las aguas de la vida retorcidas en un corrupto recipiente de su creación.

La gente, alentada por el coraje de Huankane, se reunió al borde del valle, sus corazones encendidos con una mezcla de miedo y esperanza. El mariscal del cielo, observando la escena desde su ventaja celestial, se preparó para la batalla. Con un comando que

resonó a través de la tierra, convocó su arsenal, armas forjadas de la esencia de las estrellas, listo para defender el reino contra la oscuridad que buscaba profanarlo. El aire vibraba con la tensión del conflicto inminente, el equilibrio cósmico pendiendo de un hilo.

Huankane, de pie resuelto entre su gente, sabía que había llegado el momento de jugar su parte. A la señal de la abuela mayor, la guardiana de las tradiciones y canciones levantó la flauta a sus labios. La melodía que tocó, enseñada a él en su juventud, era más que una melodía: era un llamado a los espíritus de la tierra, una invocación del pacto antiguo entre la tierra, el pueblo y el cielo.

La música envolvió el valle, tejiendo un hechizo de protección y desafío. El espíritu malévolo, atrapado en su acto de robo, giró su atención hacia la fuente de la música, sus ojos ardiendo con un odio tan antiguo como el tiempo. Pero la melodía desorientó a la bestia, su voluntad malévola vacilando bajo el peso de la pureza de la canción.

En ese momento de confusión, el mariscal del cielo atacó. Descendiendo en un resplandor de luz celestial, se enfrentó al monstruo en una batalla que sacudió los cimientos del reino. Alto arriba, entre truenos y relámpagos, los dos seres chocaron, el destino de la tierra pendiendo de un hilo. Abajo, Huankane y su gente, armados de valentía por la destreza y poder del mariscal, se lanzaron en acción.

Corrieron hacia el recipiente que contenía las aguas robadas, sus manos guiadas por una resolución colectiva para deshacer la obra oscura de la criatura. Juntos, desplegaron las aguas, hoja por hoja, devolviéndolas al lago donde se transformaron de nuevo en líquido dador de vida, un testimonio del espíritu indomable del pueblo. La batalla ardió, el cielo iluminado con las chispas del conflicto, hasta que por fin, la flecha de luz del mariscal encontró su blanco. Perforando la cola del monstruo, lo envió en picada hacia la tierra, su agarre en el recipiente y el tambor aflojándose en su agonía. Con un estruendo que resonó a través de los valles, la bestia cayó, derrotada, su cuerpo tragado por la tierra que buscó profanar. El estruendo hizo pedazos las ciudades y palacios del reino.

Las aguas salpicaron alto, y el gran tambor retumbó, sellando el destino del monstruo bajo la tierra. Un silencio descendió, una quietud profunda que hablaba de victoria y pérdida, de batallas libradas y ganadas en nombre de la vida y la armonía. Desde ese día en adelante, la gente, su tierra sanada y sus espíritus renovados, tocaba tambores y silbatos no solo como instrumentos de música sino como símbolos de su resiliencia, un recordatorio de la noche en que las estrellas mismas descendieron para unirse a su lucha contra la oscuridad.

Huankane, una vez un joven con su mirada fija en las estrellas, emergió de la batalla un héroe, su nombre para siempre entrelazado con la leyenda de la batalla por los lagos, un testimonio del valor que habita en el corazón de aquellos que defienden su hogar.

En la quietud que siguió a la tempestad de la batalla, el reino despertó a un amanecer de promesa renovada. La sombra malévola que una vez amenazó con eclipsar su futuro era ahora un cuento de triunfo, una historia de cómo la tierra y el cielo, en concierto con el coraje humano, habían repelido la oscuridad. Hoy en paz, solo esperaban 30 generaciones para iniciar su marcha a Managuara.

En el corazón de esta leyenda estaba Huankane de los Potoni, el joven lenca cuyo valor había llamado a las estrellas en su ayuda. Los lagos, una vez en peligro, rebosaban de nuevo con vida, sus aguas claras y abundantes. La gente, testigo del milagro de su restauración, se reunía al borde del agua en una celebración de gratitud y renovación. Era un testimonio de su resiliencia, una reafirmación del sagrado vínculo entre el pueblo y el mundo natural que los sostenía.

En el resurgir de la batalla, surgieron nuevas tradiciones, tejiendo la historia de Huankane y el mariscal del cielo en el tejido de la cultura. Los tambores y silbatos, una vez simples instrumentos de música y caza, ahora estaban imbuidos con un significado más profundo. Se convirtieron en símbolos del espíritu perdurable de la comunidad, herramientas para ahuyentar las sombras y honrar a los guardianes celestiales que los vigilaban.

Cada año, cuando las estrellas se alineaban en el patrón que marcaba el aniversario de la batalla, la gente se reunía en un gran festival. Los tambores resonaban a través de los valles, sus ritmos contando la historia de la noche en que el cielo descendió para luchar a su lado. Los silbatos cantaban melodías de valentía y esperanza, un llamado a las futuras generaciones para recordar las lecciones del pasado.

Los lagos, centrales para la victoria y supervivencia del pueblo, eran ahora considerados sagrados, confiados al cuidado de guardianes seleccionados por su sabiduría y valentía. Estos guardianes, inspirados por el legado de Huankane, juraron proteger las aguas y la vida que albergaban, asegurando que nunca más su pueblo enfrentaría tal peligro de las sombras. En cuanto a Huankane, sus acciones lo elevaron más allá del reino del heroísmo mortal. Se convirtió en un símbolo viviente del potencial dentro de cada miembro de los Potoni y de todos los Lencas para efectuar un gran cambio, para proteger su hogar y suelos contra probabilidades aparentemente insuperables.

Sin embargo, Huankane llevaba su legado con humildad, entendiendo que su fuerza había sido, pero un reflejo de la voluntad colectiva de su pueblo y la benevolencia de los seres celestiales que habían atendido su llamado. En los años siguientes, Huankane se

dedicó al estudio de las estrellas y la sabiduría antigua de sus ancestros, convirtiéndose en un puente entre el pueblo y los mariscales del cielo. Su vida se convirtió en un testimonio del poder de la unidad, la importancia de salvaguardar el mundo natural, y la fuerza perdurable de la fe y el coraje frente a la oscuridad.

Interrogantes de aprendizaje

¿Qué emociones nos genera la leyenda?

¿A que clan pertenecía el héroe de esta leyenda?

¿Dónde ocurrió esa gran saga?

¿Qué aspectos positivos se les atribuye a los ancianos en esta saga?

¿Cómo se describe la anciana en esta narrativa?

¿Qué fue el objeto natural codiciado por el falso cóndor?

¿Qué instrumentos utilizó Huankane para enviar mensajes al Mariscal de sur?

¿Has visto a los lencas de hoy comprar pitos de feria para sus niños?

¿En qué época del año se puede apreciar el cielo estrellado en tu lugar?

¿Cuál es el mensaje que nos transmite esta leyenda y que es relevante al mundo de hoy?

¿Alguna vez sientes a Huankane en ti por razones de injusticia o abuso de fuerza?

¿Quién es tu abuela simbólica de conciencia y sabiduría en tu vida?

¿Qué herramienta usas como medio de dispersar conciencia para un mundo más justo y una sociedad menos predatoria de la naturaleza?

¿Conoces a los Potones (Potoni) de los Lencas de hoy?

¿En qué región del mundo crees que ocurrió la gran saga?

La Reina Antú Silán Uláp



Oratoria documentada en 1989, de la fuente narrativa de la matriarca y abuela Francisca, como contribución al Año Internacional de los Pueblos Indígenas, ONU. Leonel Chevez, para uso por los lencas en programas de educación cultural. Edición en castellano, 1995.

Según la narración, la gobernante a cargo de nuestras tribus durante el tiempo de la llegada del Conquistador se llamaba Antú. Ella es conocida como la reina guerrera porque tuvo que lidiar con la invasión. Ella es un antepasado de mi abuela paterna y es por eso por lo que sabemos mucho sobre ella. Fuera de nuestra familia interna, la gente sabe muy poco sobre la realeza y está más asociada con las leyendas negativas difamatorias acusándonos de robar lagos, volando, llevándonos en una cáscara de huevo las aguas para otro lugar. Esta es la falsa propaganda colonial con el objetivo de dañar la reputación del clan real Manauale, a quienes los coloniales les abreviaban con el termino los Manawas, acusándoles de brujos, para que los indígenas no se asociaran con su realeza y fueran fieles católicos. Este objetivo lo lograron los cristianos pues hoy en día, todos lencas y no lencas saben al menos en forma básica, la pasada de los Managuas, que supuestamente se robaban los lagos en cascara de hueveo y que volaban en las tormentas, destruyendo maizales. Esta misma gente, ignora completamente la realidad del clan, que incluye la ilustre reina que describiremos aquí.

La historia de esta reina comienza con su nacimiento. Según mi abuela, le contaron la narración de esta niña fuerte, que nació durante una noche de tormenta. Sus padres

estaban pasando la temporada en un asentamiento cerca de una ciudad en la cima de una colina llamada Intipuca, en lo que hoy es el este de El Salvador.

Sus padres eran de dos ramas muy ilustres y antiguas de la estirpe Taulépa que gobernaban el reino. Una de sus abuelas descendía de los que se originaron en los suelos hundidos de Tocoa y Tocoroa, una tierra vasta que esta hoy debajo del mar caribe. Esta tierra poseía una multitud de pueblos y ciudades, pero termino cubierta por el mar. Una de esas ramas, fue tronco genealógico de Antu.

Ella vino al mundo en una noche de tormenta. Una noche en que incluso la asistente de parto tuvo que ser asistida para cruzar el arroyo que se salía de sus bordas con el gran chubasco. Se dice que los hombres improvisaron un puente colgante con cuerdas y madera, para asegurarse de que la partera, mujer sabia, pudiera asistir al nacimiento de la nueva realeza.

La mujer sabia ahumaba la casa donde estaba la reina madre embarazada, y echaba piedras y granos al recitar sus encantos. En su conocimiento oracular, previó el destino de la niña que estaba por venir a este mundo. Esta niña iba a crecer fuerte y sabia. Iba a crear estabilidad en la tierra, iba a ser sabia y justa. Lo más importante, iba a liderar una guerra contra fieras desconocidas en el reino de su familia.

Pasaron las horas y entro la tarde a la noche, más tormentas eléctricas barrieron el lugar. En estos casos, las mujeres sabias y los hombres sabios obtenían significado de cualquier evento elemental como rayos, truenos, retumbos y otros. Esta vez, la tormenta estaba dando muchos augurios a la gran partera sabia.

Preocupada por el efecto de los truenos y en el proceso de parto, la mujer sabia comenzó a cantar canciones a la reina embarazada. Mientras cantaba sus canciones y fumaba tabaco, un rayo golpeó el gran árbol frente a su casa. Este sonido aterrador desencadenó los dolores de parto. El nacimiento fue rápido y sin complicaciones. Se dice que la pequeña bebé era fuerte desde el momento en que respiró por primera vez.

Tan pronto como nació la niña, la mujer sabia la llevó al exterior de la casa y, bajo la tormenta, la sostuvo hacia el cielo y pidió a los espíritus que le dijeran el nombre adecuado para ella. Cuando la niña fue levantada hacia el cielo, la lluvia lavó su cuerpo de las sustancias maternas del parto.

Se dice que el rayo cayó nuevamente, envolviéndolas a la partera y la recién nacida. En ese estado electrizante, tuvo una visión, en este, una voz salió de la boca de la constelación del Jaguar (sirius) y les dijo que su nombre era Antú Silán Uláp. Los espíritus del cielo le dijeron a la mujer sabia que entre las reglas para esta niña estaba la prohibición de consumir huevos, nunca nadar en el océano, nunca hablar durante una

tormenta con truenos y nunca abandonar la piedra sagrada del cielo, que era una posesión familiar.

Las mujeres sabias completaron su ritual y pronto llevaron a la niña a los brazos de su madre. Esto fue seguido por una serie de rituales establecidos desde la antigüedad para asegurar el espíritu del niño en este mundo. Según ellas, los niños nacen sin espíritu, pero al tomar el primer suspiro, un espíritu dentro y se encarna de por vida.

A partir de esa noche, Antú creció bajo el cuidado, el amor y la orientación de su familia. Según la tradición, fue presentada a todos las provincias y tribus, exhortándolos a que esta sería su futura gobernante. Antú era amada por todos, era una niña fuerte, llena de curiosidad y siempre dispuesta a interactuar con la gente.

A medida que creció y llegó a su adolescencia, la familia comenzó a experimentar desafíos con Antú. Era de mente fuerte, sabia, firme y, a menudo, impaciente. También rechazó a los pretendientes que frecuentemente intentaban cortejarla. Ella realmente personificó el carácter de las mujeres jaguar, que eran sus propias maestras en todas las cosas.

Cuando se completaron los ciclos de vida de su árbol, que tiene aproximadamente veintiún años, ella pidió a sus padres que le otorgaran el poder del monarca. Ella sintió el deber de relevarles de la carga de ser monarcas itinerantes en el vasto reino. Estos itinerarios a menudo vieron a la realeza varada durante toda la temporada debido a inundaciones y deslizamientos de tierra. A las personas no se les permitía montar un animal vivo y, por lo tanto, todo se hacía a pie.

Sus padres aceptaron y al año siguiente, toda la nación se reunió para presenciar el ascenso de su nueva reina. A su ceremonia asistieron muchas tribus de lo que hoy es Honduras, El Salvador, Akaualenka en Managua, Sarapike en Costa Rica, Veraguas de los Panamakas, los hermanos Shinka y los Uluwas. Todos los que pudieron, se congregaron en ese lugar y fecha. Aquellos pueblos que no pudieron asistir enviaron sus telas, bordadas con colores exquisitos como muestra de aprecio y amor.

El mismo año, según la tradición, eligió entre los muchos nobles de la tierra, su primer hombre para procrear su primer hijo. Al año siguiente, ella eligió al segundo señor con el mismo propósito. Finalmente, un año después, volvió a elegir al último señor con el que tuvo un hijo. Ninguno de estos hombres era cónyuge permanente. En la tradición real de Lenca Taulépa, las mujeres reales elegían a los hombres de su elección para "adquirir" las acciones deseables, como alianza de poder o para procrear descendientes. Esto lo hizo ella y, se cuenta que, su último embarazo ocurrió justo antes de la invasión de las tierras lencas por los españoles. De hecho, estaba con gemelos cuando los invasores entraron al territorio desde cuatro direcciones.

En varios relatos contados por los ancianos a mediados de los años 70s, antes de que Internet y la televisión llegaran a las poblaciones rurales en El Salvador y Honduras, tuve el privilegio de escuchar algunas veces, algunos relatos de la vida de esta gran mujer, que, de hecho, es ancestro directa de mi abuela Francisca.

Hay una historia que siempre se destacó para mí. Es una historia no solo mencionada por mi abuela, sino también por otras personas mayores que fueron amigos de nuestra familia durante mi infancia. Todos coincidían que Antú fue una gran reina.

Los ancianos mencionaron que cuando le dijeron a Antú que los hombres y las bestias estaban en camino a devorar el reino, ella convocó poderes sobrenaturales disponibles para ella. Llevó a hombres y mujeres sabios a una montaña cercana, y una vez allí, crearon una nube destellante de brillo dorado.

Se dice que la nube se estaciono sobre la colina durante un ciclo lunar completo. Esta nube tenía poderes mágicos que hacían posible que ancestros antiguos que habían muerto hace muchas generaciones atrás, bajaran monetariamente a esa sima y conversaran con la reina y sus sabios. Se dice que, en la nube, si se entraba a ella, se podían ver los antiguos amigos y parientes. El mensaje que estos traían era el de preparar la gente el suelo para la gran batalla.

Pues se decía los seres de las estrellas, los que vinieron al principio a crear el suelo de Managuara, y que no eran deidades sino obreros, le instruyeron sobre la forma en que tenía que deshacerse de todas las armas en el reino. Así lo hizo, ella cantó y recitó sus encantos, y a su orden, todas las cuchillas de metal y roca se elevaron y se guardaron en la nube. A medida lo hacía, todo utensilio levito como si fueran aves. Nada que fuera un arma quedo en los suelos que iban a ser devastados por el Casiyano (Castellano).

La narrativa dice que se ordenó a la nube y su legión de ayuda, que barriera todas las tierras de la familia Taulépa y, a medida que avanzaba, todas las cosas prohibidas para los Casiyanos, que venían con el fin de destruir y someter, fueron levantadas hacia la nube. Se dice que de todo lo que existió, gran parte de esto fue llevado a los cielos por la gran nube y su legión de ayudadores.

El relato oral de los ancianos mencionó que Antú llevaba un cinturón, que tenía el poder de elevarla al cielo. Tenían la figura de la Chichintora, con dos cabezas, una en cada extremo, simbolizando el balance, la reciprocidad, la naturaleza y lo divino. Este cinturón brillaba con borlones de todos colores y según la narrativa, poseía inmenso poder. Este cinturón, sin embargo, también fue enviado a la nube dorada al final de la visita de la tarea de esa prodigiosa nube.

Además de sus actos sobrenaturales hechos por la reina Antú, se le atribuye el encanto de todas las posesiones de los Lencas. Se dice que, desde la nube, uno de los antiguos amigos de los reyes descendió y una vez en tierra, ordenó a una flota de largas canoas, más grandes que los bongos y las piraguas, que descendieran de las alturas del firmamento a la tierra del reino.



El ser del cielo de nombre Shilpepe y Antú se encontraron en la gran canoa flotante llamada Ti Kanukele, la gran balsa celestial, allí conversaron durante una noche completa. Luego, el cielo emitió un silbido como un sonido que resonó en toda la tierra. Se dice que después de este sonido, columnas de "enanitos" se abrieron camino hasta la colina. Estos eran una especie de humanos o medio hermanos de los lencas. Ellos habitaban los bosques, ciertas cuevas y al interior de cerros.

En los cuentos reales, estos seres estuvieron presentes por primera vez cuando se construyó el suelo de Managuara. Se encariñaron con los Manauale (Realeza Lenca) y se les permitió quedarse en Managuara. Se llamaron Meneuene. Algunos volvieron a su casa en las estrellas, pero otros se quedaron aquí, llegando a ser conocidos como Kulkeke. Ellos trajeron el cultivo de hongos mágicos. Esta vez, la reina Antú y la flota de canoas del cielo venían a llevárselos a un sitio seguro pues no poseían armas ni tamaño para pelear en batalla.

Los enanitos tomaron todas sus posesiones que tenían, y en gran orden, entraron en las grandes canoas del cielo. Sin dejar rastros de su existencia en la tierra que una vez ayudaron a construir sobre las aguas de Iltarán. Una vez cargadas, las grandes canoas se elevaron hacia las estrellas. Las grandes canoas estaban adornadas con estrellas de

colores brillantes que hacían brillar el cielo cuando iban y venían. Su brillo luminoso era visible desde lejos, tanto, que los pescadores en el mar también podían verlo. Todos estaban maravillados por la gran flota luminosa de las canoas celestiales.

La valiente Antú y el cielo continuaron organizando el mundo Lenca, para prepararse para el gran asedio. Otro ser del cielo, que ayudó a construir la tierra de los lenca en la antigüedad, llegó en otra canoa voladora, este era un gran amigo y poderosa creatura, a quien se le había dado el nombre de “taladrador o comedor de montañas”. Su sobrenombre fue debido a que, en la construcción de los suelos, él podía abrir la mandíbula tan grande y de ese modo abría camino, haciendo túneles en las montañas. Se dice que, a él, en el principio, se le ordenó tallar el vientre de tres montañas y hacer espacio para almacenar cosas que no podían ser vistas o tocadas por otros mortales que no fueran lenca, y que por razones especiales debían estar disponibles para nosotros a su debido tiempo. Entre estos estaban las grandes tabletas de Oropolí, donde se tenían los grandes símbolos de cómo se construía el suelo lenca y como se debía cuidar para evitar su hundimiento.



El devorador de montañas trabajó incansablemente, cavando túneles bajo todo el paisaje. Creó túneles secos para permitirnos entrar y almacenar los tesoros. Luego, creó un sistema de túneles con agua. Para asegurar el subsuelo, desvió los ríos de lava del vientre de los volcanes cercanos. Para hacer un paso seguro en cualquier hora final, el devorador de montañas voló a la cima del mundo, en dirección a la tierra de los difuntos (Norte). Allí, construyó una isla, y en ella, perforó un túnel que sirvió como puerta para

los depósitos sagrados. Esta isla está a muchas lunas de distancia de Managuara. Todas estas obras fueron supervisadas por Antú, quien, por poder heredado, podía sellar y abrir montañas y cuevas lanzándoles encantamientos.

Al final de esta saga, más seres descendieron de la nube dorada. Cada uno de ellos tenía una tarea que cumplir, cada uno tenía el mandato de salvar cosas específicas. Algunos se encargaron de arrancar ciertas cosas, algunos de los cuales estaban aquí para convertir objetos en polvo. Algunas cosas eran arrancadas y llevadas a la gran canoa, otras eran disueltas en el aire, como si nunca habían existido, otras eran enterradas en las profundidades de las montañas. A petición de la reina, algunas posesiones prohibidas fueron puestas en el suelo sagrado de Anamerique, ya en el fondo del mar del mismo nombre.

Ninguna tierra, río, lago, mar, montaña o cueva quedó sin ser revisada y limpiada de todo que pudo quedar olvidado y caer en manos del Casiyano. Ellos sabían dónde buscar pues recordemos que la tierra de Managuara fue hecha por ellos en antigüedad. Al terminar su limpia y colección de todo, nada quedó igual que al principio. La tierra y el mar que construyeron una vez, cambió para siempre.

La historia dice que las personas a través de la tierra quedaron atónitas ante la transformación de su mundo en frente de sus ojos. Algunas personas estaban demasiado asustadas por lo que estaba sucediendo. Un cambio curioso fue la repentina desaparición de las manchas oscuras típicas en la piel de las personas. Era normal que los humanos tuvieran parches oscuros sobre el cuerpo, igual que los jaguares. A partir de ahora, solo se permitió un lunar para la nueva descendencia, y se desvanecieron poco después del nacimiento. Nadie nació desde entonces con las sombras en el cuerpo como antes. A los del clan real, se les permitió mantener sus cuatro dientes, pues estaban escondidos en su boca y fueron otorgados por el primer jaguar de la dinastía.

La inminente invasión causaba gran pánico. En estado de miedo por estos eventos repentinos, muchos habitantes fueron llevados a la nube. Las aldeas que no tenían miedo y que colaboraron con las actividades de rescate y cargamento, fueron puestos en un lugar seguro por medio de poderes mágicos. Se dice que el suelo se volteó al revés, dejando los habitantes en un mundo 'debajo del mundo'. En ese mundo, la vida continúa de manera normal, y la forma de la tierra y sus cosas se conserva como la original. Estas personas acordaron en un pacto vivir allí, en ese mundo por la eternidad. Su única puerta para salir a la superficie algún día es el túnel hecho en la isla fría.

Lo último en lo que trabajaron los seres del cielo fue en el vaciado de los pozos sagrados, de los cuales había varios. Estos se hicieron antes de la fabricación de nuestra tierra. Eran pozos gigantes, del tamaño de lagos, llenos de agua roja. Esta agua era la única

agua que podían beber los pájaros y las canoas de voladoras, ya que necesitaban sustento durante la construcción de la tierra. Estos seres de las estrellas trabajaron muy arduamente en la construcción del suelo, se alimentaron de esas aguas rojizas, las cuales formaron lagos. Hoy, llamamos a este agua cinabrio o mercurio y es venenoso para los humanos. En la leyenda solo se menciona que era el sustento de esas gigantescas aves de las estrellas.

El vaciado de los pozos solo se podía hacer de noche, porque decían que el agua roja se despertaba con la luz del sol. Entonces, los seres del cielo cargaron sus canoas con él, y flanqueados por dos pájaros gigantes, llevaron el agua especial a los cielos. La última carga fue llevada por los dos pájaros gigantes a la luna.

La reina, sabiendo que el agua roja era necesaria para pintar el cuerpo de la realeza después de la muerte, pidió que se le concediera un pequeño manantial de esa agua especial. Entonces, con la ayuda de ‘come montañas’, se taladró una cueva muy profunda, luego se llenó con el agua preciosa. A través de una pequeña grieta, esta agua emanaba lentamente de la pared de la cueva, para que fuera usada cuando la reina lo necesitara. La integridad de esa cueva fue guardada por las tribus lencas de lo que hoy es Honduras. Ellos no permitieron a nadie que entrara a esa cueva por muchos tiempos.

Antú ciertamente era una reina muy especial, fue elegida para nacer en este período, para poder cerrar el reino de su forma anterior. Lo que quedaba para los humanos era un paisaje listo para las batallas por venir, durante la entrada de cuatro conquistadores, cada uno desde diferentes direcciones.

Habiendo asegurado y despachado las cargas en las canoas del cielo, lejos de nuestro suelo, Antú convocó a todos los gobernadores tribales, de quienes eran súbditos y asesores, que venían desde ambos lados del reino, donde están los dos mares. Se encontraron en un pequeño valle, al pie de la colina de Makuroa (entre Intipuca y Loma Larga). Allí, celebraron el consejo de guerra, un evento de gran rareza, más poderosos que el guancasco.

En las reglas reales de los lencas, el llamado a la guerra solo se podía pronunciar una vez que el gobernante de la nación (príncipe) había convocado al gran consejo y, en su presencia, la reina del clan Taulépa, de título Comishaua, aprobaba la guerra como justa y necesaria. La reunión completa se llama Arkatau, y hace eco de la reunión del consejo de creación. La guerra, en la mente de los gobernantes lencas, es un acto donde la creación y la destrucción se unen, cambiando las cosas para siempre. Es un acto demasiado delicado y solo ocurre en grandes excepciones.

La guerra de resistencia contra lo que llamaron Casiyan (español) se puso en marcha aquí. La reina les dijo a los gobernadores que nuestra nación iba a vivir el eclipse más

largo de la historia. Se dice que, durante el juramento, todos los gobernadores juraron resistir hasta el final. Un joven gobernador de las regiones del norte le preguntó a la reina si preveía alguna victoria mientras ella consultaba los oráculos. La reina, sonriéndole, sin decir nada, movió su dedo índice hacia abajo, hasta que tocó el suelo. Luego, tomó el dedo polvoriento y con él, se tocó su lengua.

Su lengua mostró la suciedad en su punta, luego ella sacó la lengua y se la mostró a todos los presentes. Sin palabras, todos los gobernadores hicieron lo mismo. Este era un lenguaje secreto, transmitiendo que todos los presentes iban a morir antes de cualquier victoria. Fue un mensaje que se les reveló que todos los cuerpos sentados en esa reunión descansarían en el suelo, antes de ganar la guerra. Si había una victoria en el horizonte.

Cuando el joven jefe vio esto, se sacudió la lengua y con firme determinación caminó hacia adelante para estar más cerca de Antú. Le dijo a Antú que, en defensa de su pueblo, moriría tantas veces como fuera necesario. Le suplicó que le concediera más vidas que un humano, pero Antú se negó. Ella le pidió al joven gobernador que extendiera sus manos, lo cual él obedeció. Luego sopló aire sobre ellas y pronunció palabras sagradas y misteriosas. Allí, ella sabía que el jefe caería en la batalla por truenos letales. Entonces, sin decirle, ella le dio el poder de la inocencia y la fe.

El joven jefe se conoce hoy como Lempira, y de hecho fue asesinado por los españoles, cuando llamaron al liderazgo de los lenca para las negociaciones. Los truenos letales previstos por Antú fueron las balas de los cañones españoles. Los españoles fabricaron una cumbre de paz con la realeza lenca para poner fin al prolongado conflicto. Sin embargo, sus intenciones eran matar en masa a la realeza. Afortunadamente, el consejo de guerra impidió que la realeza asistiera a esta cumbre y nombraron una comitiva militar, encabezada por Lempira.

Después de la reunión de todos los jefes, Antú, cuyo embarazo estaba avanzando, se mudó de aldea en aldea, eximiendo a las personas del impuesto real e inculcando en su mente a las personas que fueran libres si lo deseaban. Para hacer todo lo que pudieran sin esperar a pedir permiso de ella. Recitó el Moliolo, les contó sobre su pacto con las tribus, los gobernantes, la tierra y el cielo. En esencia, ella otorgó a todas las personas el libre albedrío de elección de acciones y movimientos si fuere necesario.

Se dice que cuando visitó una aldea remota en las selvas de lo que hoy es Nicaragua, los nativos desnudos le dijeron que no eran dignos de ser invadidos por nadie, ya que se consideraban a sí mismos silvestres e inferiores. Ella los desafió diciendo que, en su corazón, cada miembro de su nación era un Antú, y en este tiempo de guerra, cada uno era una fuerza poderosa. Ella les recordó que, desde el establecimiento del reino, cada

pueblo era un lugar legítimo en la piel de jaguar. "ninguno de mis súbditos es huérfano o inferior", les dijo.

Antú participó en la reunión de las milicias de guerra desde Peraguas (Veraguas) hasta Motaguas (Motagua), y más tarde en su embarazo, fue llevada por familiares y cuidadores a la aldea de Tihuilote. Allí vivió, mientras se movía entre esa aldea y otros sitios secretos, donde el devorador de montañas dejó cuevas para que se escondiera si era necesario. Algunas cuevas fueron cavadas desde un cerro en lo que hoy es El Salvador, y que desembocaban en el otro lado de las grandes cordilleras de lo que hoy es Honduras.

Nuestra reina tiene muchas historias acreditadas a ella, porque es de existencia reciente. Irónicamente, la visión del mundo colonial, centrada en el hombre y doctrina cristiana la ha borrado de la narrativa cultural de América Central.

Cuando se la menciona, solo se la conoce como "rebelde, brava, guerrera, bruja", etc. Todos estos eufemismos no solo son ofensivos para su carácter moral, sino que son todos descriptores de una persona brutal, sin sofisticación. Los académicos y neocolonizadores también son cómplices de la destrucción moral de Antú pues continúan atribuyendo solo títulos de rebeldía al referirse a ella, de este modo, su título legítimo como reina, se pierde entre tanto ruido de india tosca, ruda, primitiva y vencida. Para nuestra familia, ella sigue siendo reina Antú.

Recuerdo que nuestra abuela fue la última persona que, al referirse a ella, suspiraba y volvía a contar los pasajes de la narración con gran cuidado y elocuencia. Yo incluí estos pasajes aquí, para que el daño a su personaje y la mala voluntad de borrarla de la historia puedan ser contrarrestados por quien se sienta inspirado para inmortalizarla. Tengo la intención de otorgar honores a quienes cumplen con los criterios para recibir los premios Antú Silán Uláp. La concesión de tales honores es un derecho inalienable en poder de la realeza viva, en virtud de su genealogía para todos los lenkas que aún viven.

Los descendientes de Antú continúan trabajando en beneficio de la tierra y la gente de hoy. En entornos contemporáneos, navegan por sus vidas asegurándose de aprovechar las profecías de esta antepasada. En una de sus visiones antes de morir, ella predijo los tiempos terribles por venir. También vio una visión en la que un enjambre de hormigas, preocupadas y con gran prisa, cruzan los suelos. En esta visión, notó que, en el enjambre, había dos tipos de hormigas, las oscuras y las amarillas. Los oscuros destruyeron todo, las amarillos no. Lo más curioso fue que en su visión, ella vio a las hormigas amarillas abandonar el enjambre y aventurarse en el bosque solas.

Cuando se fueron, treparon a los árboles y se escondieron en las flores rojas de la Guaka-mia (Guacamayo) la flor real del Reino. Entonces, vio un enjambre de abejas

cruzando el mar Roatan-kai (hoy mar Caribe). Entre ellos había abejas sin aguijón, que abandonaron el enjambre principal al entrar a nuestras tierras.

Volaron sobre el bosque y encontraron a las hormigas amarillas escondidas en las flores, y se unieron en amistad. Entonces, ambos tipos de insectos abandonaron su escondite y viajaron a la cara de un acantilado, donde había agujeros. En el interior, había una Guara (Guacamaya o Lapa) herida, calentando el nido, pero imposibilitada para volar en busca de comida. Este era su hogar y parecía que estaba lista para morir.

Las hormigas y las abejas sin aguijón saludaron, se colmaron en su nido, limpiaron la pájara de sus gusanos y otros parásitos que se le habían pegado en sus plumas sucias, la limpiaron y ofrecieron comida a la débil Guakamaia. El ave les permitió construir un nido dentro del agujero en la cara del acantilado. Allí, en lo alto y en el espeso bosque, vivían más seguros, dependiendo uno del otro.

Las hormigas iban una vez al año a través del bosque cortando hojas para almacenar alimentos y medicinas, y las abejas hacían bolsas de miel para que la guacamaya pudiera alimentarse. Esta visión es clasificada como una profecía por la reina, quien obedientemente le conto esto a sus herederos.

Antes de morir, les dijo a sus herederos y sucesores que supieran que entre los invasores vendrían algunos, que serían diferentes, aunque, en apariencia, todos se parecerían a los demás, pero su destino los separó. Ella ordenó que cualquier gobernante o señor menor en los tiempos venideros, guiara a las hormigas amarillas a un nido seguro en el bosque. "Alojarás a personas de otros tipos, y serás uno con ellos", dijo. "Compartirás tu comida, tus esteras, tus oraciones y tus canciones", insistió. Ella dejó una orden, que las hormigas puedan compartir la colina de dos picos, en símbolo de unión como una sola. Las abejas en la visión, predijo que se trataría de personas de otros países (europeos), que diferirían en sus acciones con sus hermanos castellanos. En lugar de matarnos, nos ayudarán y compartiremos nuestro nido con ellos, y compartirán la miel con nosotros, y las hormigas compartirán las hojas con ellos. Desde la cueva en la cara del acantilado, verán el dosel del bosque y juntos subirán al árbol floreciente ", declaró.

Este mandamiento de Antú fue lo que hizo posible que los lenca trabajaran con algunos occidentales, y que se refugiaron, se casaran y protegieran al menos a tres grupos de familias sefardíes, que por varias razones llegaron al este de El Salvador. Es también por esta razón que la familia Lenca Taulépa casó a estos hombres con sus hijas. Más notablemente, a mediados de 1500s, los nobles lenca otorgaron permiso a los sefardíes secretos para compartir la montaña sagrada, y en un gesto de ser un pueblo, cambiaron el nombre de la colina del Taulépa lenca al Hebreo.

Hoy, existe una pequeña colina en el este de El Salvador, que lleva el nombre de Corobán, que es mal pronunciado por los hispanohablantes del nombre original Ko'rbán. Esta colina vio lencas y sefarditas secretos, de vez en cuando, en días sagrados, venir y ofrecer su regalo invaluable al Dios de los dioses. Un dios llamado Akú por los lencas, y un dios conocido como ilokín por los sefardíes. Esta frase puede ser una variación mal pronunciada por los lencas ya que el nombre dado por los hebreos a su Dios es Elohim. Es reconfortante para mí, que una última visión revelada al final de la vida de la reina Antú, obligó a nuestra familia a proteger a las personas necesitadas, que se unieron con nosotros y hoy forjan alianzas en todo el mundo. Sobre el dosel floreciente del bosque más amplio, el planeta.

El legado de nuestra reina guerrera cambió la historia y sus decisiones afectarán para siempre la forma en que vivimos y vemos el mundo. Es la intención del actual jefe construir un monumento en honor de Antú, la sabia reina en Centro América, que epitomiza los valores de la mujer original, líder, sabia y autodeterminada.

Notas

¿Qué piensas sobre la reina Antú?

¿Por qué se le borro de las crónicas coloniales?

¿Por qué se enalteció a Lempira y no a ella?

¿Dónde están situados estos sitios mencionados en la leyenda?

¿Por qué en suelos lencas no se encuentran entierros de armas precolombinas?

¿Has escuchado a tus abuelos hablar de los seres que viven en las montañas?

¿Qué cuentan los ancianitos sobre los indígenas antiguos que podía volar a las nubes?

¿Cómo podemos dar honor a la personalidad de la gran líder Antú?

¿Qué tipo de mujer fue Antú?

¿Qué cualidades de Antú puedes cultivar para tu forma de liderara en la vida?

El nombre Lenca de la región de Jiquilisco

Este artículo está dedicado para todos los salvadoreños que buscan celebrar las raíces propias, auténticas de los suelos históricos.

En los archivos de los lencas, se encuentran varias narrativas que se recolectaron de ancianos de origen lenca y que están bajo custodia de los actuales regentes Taulépa, cuya sede opera desde el exilio desde 1996.

Según los Taulépa, la palabra Jiquilisco no es Lenca. Esta fue introducida por inmigrantes que llegaron en tiempos más tarde, mucho después de la fundación del reino de los Lencas, que se vio reducido en el occidente debido a inmigración y a la erupción de Ilopango. Esta catástrofe soterró muchas comunidades arcaicas de los primeros Lencas. Los que sobrevivieron, se trasladaron a zonas lencas más seguras, dejando atrás muchos rastros históricos que incluyen topónimos y arte rupestre. Muchas veces, su arte se les asigna equivocadamente a las nuevas culturas como los Mayas, Pipiles, Nonualcos etc.

Según los Taulépa, esa región de Jiquilisco fue y es según su cultura, la provincia de *Igualtike*, que en castellano se escribe Igualtique y que, según ellos, estaba rodeado por su bosque de Shaguantike (Chaguantique). En el mapa reconstruido en 1992, los ancianos y los escribanos Lencas, ubicaron esta provincia en su mapa oficial de sus dominios. Cuando ellos sugirieron que este detalle se corrigiera en los cursos de enseñanza en la Zona Oriental, los maestros a quienes ellos les hicieron las sugerencias, les rechazaron, diciéndoles que no, que esas tierras eran de cultura mexicana y que su nombre indígena era Jiquilisco, ya que era el nombre del árbol de tinta en lengua Mexicana. Por treinta años, la casa real ha continuado reconstruyendo su mapa histórico, sus rutas de comercio precolombinas y sus dominios de ultramar de los que aun poseen leyendas.

En 1999, la casa real de los lencas, condujo investigación sobre su provincia de Igualtique, en la que según sus tradiciones, descansa por cuatro meses la '*anguilla encantada*' que causa las olas del mar, a quien se le llama *Tunawás*. El monarca lenca, tobo acceso a los mapas de su majestad Británica de 1700s. Aquí, se pudo constatar que el 20 de febrero de 1775 se publicó un mapa Británico, que incluía la Bahía de Igualtique, que en ese mapa aparece como Ibaltique. Este mapa fue hecho por el Real Cartógrafo de Su Majestad Thomas Jefferys.

Con el desarrollo del turismo sostenible, la promoción del patrimonio cultural y el reparo histórico del genocidio es esencial que se reconozca en la toponimia nacional, los sitios lencas que precedían la inmigración tardía.

Las escuelas locales, alcaldías, asociaciones culturales, el público en general y los estudiantes, deben aprender esta parte de la historia de su región. Aquí, se pueden exhibir los emblemas lencas, que incluyen artes, bailes, cantos, comidas, tradiciones

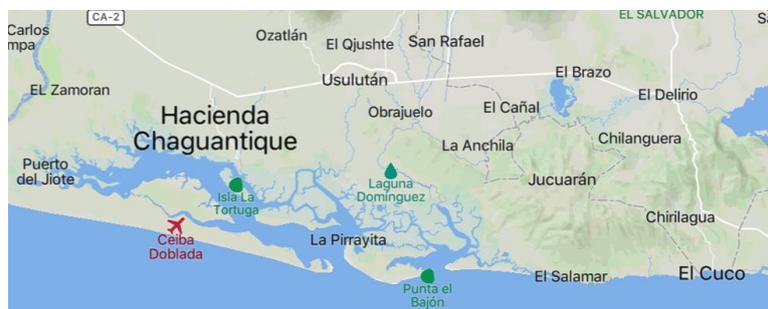
orales y la bandera étnica Lenca. Estas viven con orgullo como iguales a las otras culturas milenarias del país. Juntos somos un tesoro de belleza y valor incalculable.



Mapa de 1775 con el topónimo lenca



Mapa actual con topónimo Náhuat – Jiquilisco.



Mapa actual con ubicación de la hacienda que aún posee el nombre arcaico dado por los lencas de sufijo -ike.

Conclusión del Modulo

Gracias por explorar y estudiar este módulo de introducción a lo lenca. Esperamos que hayas encontrado temas de importancia en tu proceso de profundización de esta cultura tan milenaria y rica en patrimonio. Si eres Lenca, es importante que profundices más en estos tópicos que te equiparan para tu reconexión con tu patrimonio ancestral y la posible afiliación formal en el registro de lencas por el mundo.

Los lencas estamos muy orgullosos de nuestras raíces, las que honramos y preservamos. Al mismo tiempo, somos hombres y mujeres de hoy y del mañana. Como lencas vivimos, trabajamos y aprendemos al par de otros ciudadanos globales en las actividades y campos que ayudan a nuestro planeta, la economía, la ciencia y el desarrollo. Nos encontraras en las fábricas, hospitales, empresas financieras, de tecnología, universidades, escuelas, cuerpos de seguridad, agencias espaciales, misiones diplomacias y gobiernos.

Los lencas somos una sociedad abierta al multiculturalismo, al pluralidad político-religiosa, el respeto a los derechos humanos, respeto a la ecología y dedicación al desarrollo sostenible y con equidad. Como cultura madura poseemos nuestras instituciones, nuestras leyes internas y nuestros procesos que norman la vida cultural

Como lencas no somos piezas arqueológicas ni bailarines de entretenimiento al público. Por ello, no nos encontraras como grupo folclórico, artesanal o como un comité comunal, pues como eso y aún más, somos una nación étnica. Nuestros descendientes están dispersos en Centro América y el mundo. A pesar de la gran dispersión, los lencas se registran con su casa madre y portan sus documentos de afiliación cultural de su etnia.

Los lencas poseemos nacionalidades de estados modernos por necesidad histórica, aunque étnicamente hablando, los lencas poseen su certificación lenca, como descendientes auténticos de esta nación de gran patrimonio.

Como lencas nos sentimos orgullosos de nuestro origen, nuestra historia y nuestro papel en la sociedad moderna. Nuestros comisionados, Manawanas, Tokas y los regentes reales, son nuestras autoridades étnicas. Juntos hacemos que la casa del jaguar, su estirpe y la nación siga en vida por siglos que vienen.

¡Juntos hacemos nación!

Escribe a: proteccionlenca@gmail.com